

por mi dolor, y bajamos al pié del arco del puente. ¡Oh, hijo mio! ¡Preciso hubiera sido ver á un jóven salvaje y á un viejo ermitaño uno en frente del otro, de rodillas en un desierto, abriendo una sepultura para una doncella prematuramente robada á la vida, y cuyo cadáver yacia no lejos, en el seco cauce de un torrente!

»Terminada nuestra triste faena, trasladamos la

inanimada belleza á su lecho de tierra. ¡Ah! ¡Cuán diferente era el que yo me habia prometido prepararle! Tomando entonces un puñado de polvo en mi mano, y guardando un silencio espantoso, fijé por la postrera vez mis ojos en el ya desfigurado semblante de Atala. Esparcí luego la tierra del sueño sobre aquella frente de diez y ocho primaveras, y vi desaparecer gradualmente las facciones de mi hermana y ocultarse



LOS FUNERALES.

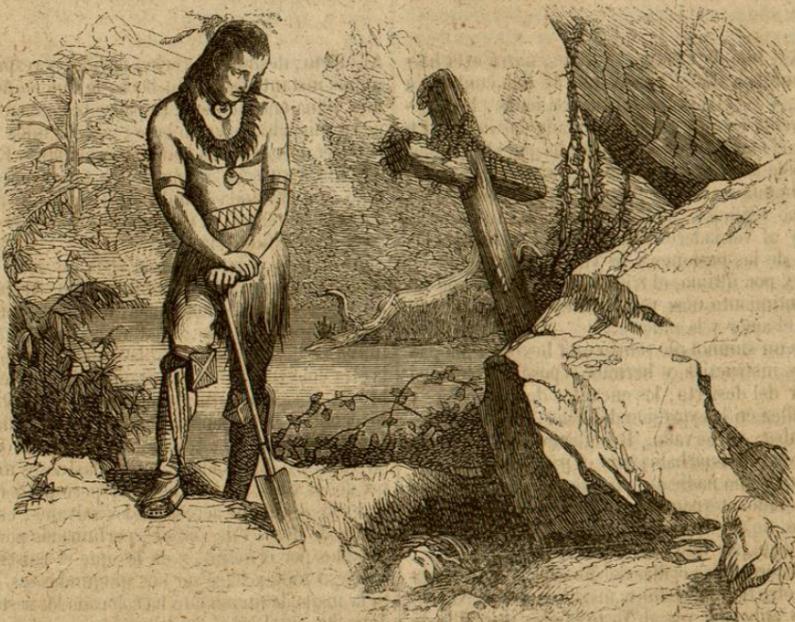
sus gracias detrás de la cortina de la eternidad; mas su pecho se dejó ver durante algun tiempo sobre el suelo negruzco, cual una blanca azucena descuella sobre una arcilla oscura. «¡Lopez!» exclamé entonces; ¡hé aquí á tu hijo enterrando á tu hija!» Y acabé de cubrir á Atala con la tierra del reposo.

»Volvimos á la gruta, y di parte al misionero del proyecto que habia formado de establecerme á su lado; pero el santo, que conocia á fondo el corazón humano, adivinó mi pensamiento y el ardid de mi dolor, y me dijo: «Chactas, hijo de Utalisi, mientras Atala ha vivido, yo mismo te he pedido que permanecie-

»seis en mi compañía; mas tu suerte ha caubiado, y te debes á tu patria. Crème, hijo mio: los dolores no son eternos, y es preciso que concluyan mas tarde ó mas temprano, puesto que el corazón humano no es ilimitado, y en esto mismo echarás de ver una de nuestras mayores miserias: ni aun somos capaces de ser desgraciados mucho tiempo. Vuelve á las orillas del Meschacébé, y ve á consolar á tu madre que te llora todos los dias y há menester tu apoyo. Hazte instruir en la religion de tu Atala, cuando halles una ocasión oportuna, y no olvides que le prometiste ser virtuoso y cristiano. Yo custodiaré aquí su tumba. Parte, hijo mio, que Dios, el alma de tu hermana y el corazón de tu anciano amigo, te seguirán á todas partes.»

«Estas fueron las palabras del hombre del peñasco: su autoridad era grande, y su sabiduría demasiado

profunda para que me negase á obedecerle. Al dia siguiente me separé de mi respetable huésped, que estrechándome sobre su corazón, me dió sus últimos consejos, su última bendicion y sus últimas lágrimas. Pasé á la sepultura, y me sorprendí al hallar en ella una cruz que se alzaba sobre la muerte, como se ve descollar sobre las olas el mástil de un bajel despues de un naufragio. Conocí que el solitario habia ido á orar á la tumba, durante la noche: señal de amistad y de religion que excitó en mí la mas tierna gratitud, y sentí la tentacion de abrir la fosa y contemplar otra vez á mi amada; pero me retuvo cierto religioso temor, y me contenté con sentarme sobre la recién removida tierra. Apoyando un codo en mis rodillas, y la cabeza en mi mano, quedé abismado en la mas amarga abstraccion. ¡Oh René! Allí me entregué por primera vez á serias reflexiones acerca de la vanidad



CHACTAS VUELVE A HALLAR LA SEPULTURA DE ATALA.

de nuestra existencia, y la vanidad, mayor aun, de nuestros proyectos. ¿Quién no ha hecho estas reflexiones? Yo soy un ciervo encanecido por los inviernos, y mis años compiten con los de la corneja; pues bien: á pesar de tantos dias, acumulados sobre mi cabeza; á pesar de tan larga experiencia de la vida, no he hallado un solo hombre que no se haya visto engañado en sus dorados ensueños de felicidad, ni un solo corazón no dilacerado por alguna oculta herida. El corazón mas tranquilo en apariencia, se asemeja al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie brilla pura y serena; pero al fijar la vista en el fondo, descubre un enorme cocodrilo, que emponzoña las falaces aguas.

»Habiendo visto al sol levantarse y ponerse sobre aquel lugar de dolor, al dia siguiente, al primer grito de la cigüeña, me preparé á abandonar la sagrada se-

pultura, punto de partida desde donde me proponia entrar en la carrera de la virtud. Invoqué tres veces el alma de Atala, y tres veces respondió el genio del desierto á mis gritos, bajo el arco sepulcral. Saludé luego el Oriente, y descubrí á lo lejos en los fragosos senderos de la montaña al ermitaño, que se dirigia á las cabañas de otros desgraciados. Cayendo de rodillas, y abrazando estrechamente la tierra que sostenia la modesta cruz, exclamé con voz ahogada por los sollozos: «¡Duerme en paz en esta tierra, mujer desventurada! ¡Vas á verte abandonada hasta del mismo Chactas, en premio de tu amor, de tu destierro y de tu muerte! Entonces, derramando torrentes de lágrimas, me alejé de la hija de Lopez, y logré arrancarme á aquellos lugares, dejando al pié del monumento de la naturaleza, otro mas augusto: la humilde sepultura de la virtud.»